

July 2001

Número 16: 4º Domingo después de Pentecostés - 8º Domingo después de Pentecostés

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2001) "Número 16: 4º Domingo después de Pentecostés - 8º Domingo después de Pentecostés," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2001 : No. 16 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2001/iss16/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 16 – ISEDET

01.07.2001 – 4º domingo después de Pentecostés – Pablo R. Andiñach

1 Reyes 19:15-16, 19-21; Salmo 16; Gálatas 5:1, 13-25; **Lucas 9:51-62**.

El pasaje que tenemos delante tiene dos escenas (vs. 51-56 y 57-62). En ambas se presenta la distancia entre el evangelio de Jesús y la comprensión que los discípulos tenían de él. Esta distancia no es solo producto de que aún no conocían el final de la historia, pues los evangelios fueron escritos a la luz de toda la vida de Jesús, sino más bien expresa una situación más profunda de incomprensión del proyecto de Dios para la humanidad y de privilegiar los proyectos personales por encima de los del Reino. Tomados así es evidente que no estamos lejos nosotros mismos de aquellos discípulos que nos escandalizan por sus reclamos de destrucción del adversario o por su egoísmo ante el llamado del Señor.

No recibieron a Jesús

La enemistad entre judíos y samaritanos era antigua y bien conocida por todos. Es necesario recordar que nunca hubo una delimitación geográfica estricta para estos pueblos hermanos en conflicto. De modo que el hecho de que los mensajeros hayan entrado en una aldea samaritana puede ser tomado como una provocación de su parte, debido a que simplemente podrían haberla eludido y elegir otra donde habitaran judíos. Quizá querían mostrarse exitosos ahora que –a su criterio- habían encarado el camino a Jerusalén para revelar definitivamente el triunfo sobre ellos y otros grupos religiosos.

Los discípulos estaban convencidos que el triunfo les daba derechos y habían querido ejercerlo con los samaritanos. Pero la respuesta samaritana es la esperada: no estaban dispuestos a ayudar a un grupo de judíos en camino al templo –que consideraban falso e ilegítimo -, si además mostraban su supuesta superioridad delante de ellos. Esto es evidente debido a que Jacobo y Juan evocan 2 Reyes 1:9 en su solicitud de juicio donde se narra el conflicto de Elías debido justamente a que Ocozías había consultado a otros dioses y no a Yavé. Elías hace descender fuego sobre sus dos emisarios. El traslado a la situación de los samaritanos no puede obviarse: ellos adoran en un templo que no corresponde y además ahora rechazan al salvador. Para Jacobo y Juan merecen el fuego de Dios.

Pero Jesús se encarga una vez más de poner en claro que son ellos los que no entienden el plan de Dios. Si en el pasado la voluntad de Dios se había expresado a través del fuego ahora el proyecto era otro. La llegada del mesías no traía más muerte a un mundo ya saturado de violencia sino que su proyecto invitaba a la salvación de la vida. Era más fácil destruir al enemigo que amarlo y comprenderlo aún en su error, y los discípulos sienten que ellos tienen un poder que en realidad no les pertenece. “Quieres que *mandemos...*” le dicen a Jesús como si la vida y la muerte de estos samaritanos estuvieran en sus manos.

La reacción de Jesús probablemente se dirige a varias cosas. Señalamos tres: en primer lugar, que ellos no entienden el *espíritu* que los alienta, es decir, en ese momento no es el espíritu de Dios el

que los lleva a sugerir esa acción. Es curioso que citan la Biblia —el Antiguo Testamento era toda su Biblia— con lo cual se nos dice que no basta con citar un texto bíblico e imitarlo para estar en sintonía con el proyecto de Dios.

En segundo lugar, que la salvación no se impone verticalmente ni por la fuerza. Que Dios tiene sus propios medios que solemos no conocer, siempre en busca de caminos más cortos y humanamente eficaces. En tercer lugar, los dirige a otra aldea. Allí no ofenderán a nadie y el Señor podrá descansar.

Querían seguir a Jesús pero...

Esta nueva perícopa profundiza la distancia entre el plan de Dios y el proyecto de los discípulos. El primero anuncia su decisión de seguirlo cualquiera sea el lugar donde vaya, aunque insinuando que Jesús tiene un lugar, quizá sospechando un palacio preparado por Dios mismo. El segundo interpone la necesidad de enterrar a su padre, por cierto una obligación moral difícil de eludir, aunque el sentido probable no es que haya muerto recién sino que siendo el padre ya anciano el hijo debe cuidar de él hasta sus últimos días. El tercero pide despedirse de los de su casa, su propia familia, una institución muy arraigada en las costumbres del mundo antiguo.

Nos equivocáramos si juzgáramos mal a quienes plantean acciones tan razonables. Ciertos márgenes de seguridad, ser responsable por los padres y cortés con los familiares no es algo que el Señor nos pida que olvidemos. No es eso lo que busca transmitirnos este pasaje. La intención del texto no es mostrar la pereza de los discípulos sino la radicalidad del llamado de Jesús. Esto se refleja en las respuestas: el Hijo del Hombre no tiene donde ir, es decir, sus preocupaciones no pasan por conseguir un lugar en alguna parte sino en cumplir con la voluntad del Padre. Luego invita a anunciar el reino de Dios como prioridad sobre otras obligaciones, aún aquellas que la sociedad considera ineludibles y que son parte del núcleo básico de obligaciones. El tercer caso invita a no demorarse en el pasado sino a encarar lo nuevo con toda energía. El arado no puede dirigirse sin la vista hacia delante.

En los tres casos el énfasis está puesto en la novedad del evangelio y la misión en contraste con la estrechez de miras de quienes desean ser parte del proyecto pero no asumen la totalidad del desafío. ¿Serían tan solo excusas para eludir la responsabilidad evangélica? ¿Estamos ante personas bienintencionadas pero erradas en su proyecto? El pasaje parece señalarnos que cualquiera que sea la razón, lo que el Señor pide es una entrega plena de lo que somos, y no la pequeña porción de nuestra vida que nos parece útil entregarle.

Sugerimos que la predicación se centre en señalar esta distancia entre lo que Dios propone y nuestra comprensión a veces acomodaticia del mensaje, en otros casos tergiversándolo, en otros reduciéndolo a nuestros propios deseos. A ellos Jesús opone la serenidad de su ejemplo y palabra, y su decisión de ir a Jerusalén a cumplir con su misión. Junto a sus discípulos somos invitados a ir con él.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 15 – ISEDET

08.07.2001 – 5º domingo después de Pentecostés – Pablo R. Andiñach

Isaías 66:10-14; Salmo 66:1-8; Gálatas 6:[1-6] 7-16; **Lucas 10:1-11, 17-20.**

Estrategia misionera de Jesús

Este pasaje presenta la estrategia misionera de Jesús. Parece que luego la abandona pues no vuelve a mencionarse en el Evangelio una organización como la aquí descrita. Pero no por eso debemos minimizar el plan expuesto. Por otra parte este texto revela que más allá de los doce discípulos siempre nombrados, había un número considerablemente mayor que lo seguían con un grado alto de compromiso. Si consideramos que el texto inmediato anterior había criticado a quienes no priorizaban la misión, podemos inferir que estos ahora enviados parecían ser más adecuados a lo que se esperaba de ellos.

Es de observar que en Números 11 se narra la efusión del espíritu de Dios sobre setenta ancianos (a los que luego se suman dos más). Aquellos protagonizaron una especie de ampliación de la comunicación de Dios antes reservada solo al líder Moisés. En este caso Jesús emula aquella situación y nombra setenta discípulos quienes irán por las ciudades con la fuerza del mandato de Jesús. En ese sentido lo que antes se presentó como el espíritu divino ahora es atribuido a la misma palabra del Señor: “yo los envío...” (v. 3).

Las instrucciones sobre la austeridad (“no llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado...”) están relacionadas con la abundancia de profetas y mesías que pululaban por las aldeas solicitando dinero a cambio de oráculos y bendiciones. Los seguidores de Jesús se han de distinguir de aquellos y deberán anunciarse en las casas pidiendo paz para los moradores. Esto era un modo de saludo que expresaba la intención de la visita de compartir algo importante con toda la casa. La tarea es sanar y anunciar que el reino está cerca.

Es curioso que los vs. 10-12 que presagian un futuro como el de Sodoma para los que no reciban a los mensajeros parece contradecir 9:54-56 donde rechaza la sugerencia de dos discípulos de destruir una aldea por su negativa a recibir a Jesús. Sin embargo lo que se dice ahora no es una amenaza en el presente sino un anuncio de la bendición que se pierden al no oír la palabra. En otras palabras, que en los días finales comprenderán lo equivocado que estaban al rechazar el evangelio que se les estaba ofreciendo. Para aquella famosa ciudad la tragedia será menor porque en cierto sentido ellos no tuvieron la oportunidad de oír el evangelio que ahora rechazan estas aldeas del tiempo de Jesús. (El fuerte juicio sobre Capernaum en 10:15 es precisamente porque allí había vivido Jesús y lo habrían escuchado). De todos modos no debemos exagerar la intención del pasaje. Tampoco es la única vez que alguien no escucha o no entiende el mensaje – notablemente recordemos a su madre y hermanos, vecinos de Nazaret, Pedro y otros, etc.- y en esos casos no se expresó con tanta dureza. Puesto en el contexto general el evangelio nos recuerda que el anuncio es a todos y que aquellos que no lo reciben tendrán oportunidad de comprender la verdad más adelante.

A partir del v. 17 se cuenta que volvieron las parejas enviadas. No se narra que hayan sido rechazados en algún lugar sino al contrario traen un optimismo producto de haber desarrollado su tarea. No sabemos si la expresión “aún los demonios se nos sujetan en tu nombre” cae bien a Jesús o lo inquieta al oírla de boca de los mensajeros. La respuesta de Jesús anunciando que Satanás estaba siendo vencido y de que nada los dañará parece expresar beneplácito. Pero el v. 20 coloca las cosas en su lugar. Lo importante no es mostrar poder –que por otra parte no les pertenece pues viene de Dios- sino el hecho de ser parte de aquellos que habiendo abrazado el evangelio saben que sus nombres son verdaderamente parte del pueblo de Dios.

Predicar en todo lugar

Este texto es una invitación a anunciar el evangelio de salvación con claridad y en todo lugar. El centro del mensaje está en el hecho de que el creyente es enviado por Jesús mismo y acompañado por él en esa tarea. Al igual que en el texto del domingo anterior lo que interesa aquí no son tanto los detalles como el hecho general de que el compartir el mensaje es lo prioritario sobre otras cosas.

Durante la Edad Media se desarrollaron órdenes mendicantes que basadas en este pasaje reclutaban personas que recorrían las ciudades en extrema pobreza, anunciando el evangelio en clave apocalíptica, y viviendo de la caridad. Si bien una lectura literal puede sugerir esa opción, nos parece más profunda la lectura si indagamos sobre las implicancias para el o la creyente que desea asumir con total responsabilidad su fe cristiana compatibilizada con el mundo en el cual el Señor mismo nos a puesto. Señalamos entonces tres características que surgen de este pasaje.

La *primera* es el sentido positivo de la predicación. No se anuncia el fin de algo (de los tiempos, del pecado, de la enfermedad, etc.) sino el comienzo de una nueva manera de acercarse de parte de Dios. Eso significa que Dios en Cristo está cerca, se ha hecho ser humano y se dispone a acompañarnos. El reino de Dios es él mismo, no un nuevo estado que reemplace temporariamente al vigente. Y Jesús estará siempre dispuesto a recibirnos dentro del equipo de aquellos discípulos (“rogad al Señor que envíe obreros a su mies”, dice en el v. 2).

La *segunda* es que tanto si nos reciben como si nos rechazan se anuncia la cercanía del reino. Lejos está esto de transformarnos en cargosos anunciadores de nuestro mensaje a quienes no desean escucharlo. Por el contrario, lo que significa es que allí donde es bien recibido no es necesario insistir. Si bien la expresión “sacudirse el polvo *contra* vosotros” indica un alto grado de rechazo, también es cierto que salir de un lugar deja la puerta abierta para volver a entrar en el futuro. Ya el Señor creará otra oportunidad para ellos. ¿Acaso no ha tenido paciencia con nosotros mismos tantas veces?

La *tercera* es que es parte integral del mensaje la acción sobre el cuerpo, no sólo sobre el espíritu. Las curaciones (v. 9) no deben entenderse como meros milagros sino como testimonio de que a Dios le interesa el bienestar total de la persona. En aquellos tiempos se expresaba en la curación del cuerpo. Hoy puede expresarse también a través de otras formas. Buscar la justicia, defender a desprotegido o promocionar la paz verdadera en situaciones de conflicto son también modos de expresar la voluntad de Dios de atender a todas las necesidades del ser humano.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 15 – ISEDET

15.07.2001 – 6º domingo después de Pentecostés – Pablo R. Andiñach

Deuteronomio 30:9-14; Salmo 25:1-9; Colosenses 1:1-14; **Lucas 10:25-37.**

Un sabio le pregunta a Jesús –llamándole con ironía “maestro”- qué debe hacer para heredar la vida eterna. Una pregunta profunda y seria si no fuera porque se la hacen con la intención de probarlo, es decir, de obligarlo a contestar sobre algo difícil y embarazoso, y hacerlo caer en contradicciones. En 18:18 un joven rico le manifestará la misma inquietud. Jesús contesta con otra pregunta, remitiendo al escriba a las Escrituras que tan bien conocía.

Jesús reafirma la Ley

La relación que Jesús establece con las Escrituras es de dos tipos: en uno las modifica y supera (“Oísteis que fue dicho, más yo os digo...”). La actitud de hacer ciertas cosas prohibidas por la costumbre en el día sábado va también en esa línea. El otro tipo es el de afirmar las Escrituras señalando que no es necesario cambiarlas sino cumplirlas. Ambas actitudes se complementan y aplican según el caso en distintos momentos de los evangelios. Este pasaje que nos ocupa ahora va en la línea del segundo tipo.

El escriba conoce muy bien las escrituras y sabe que la vida eterna se adquiere por el cumplimiento de la voluntad de Dios. Pero también es cierto que la maraña de preceptos y normativas que se había desarrollado complicaba de tal manera la comprensión simple de esa voluntad que por momentos no se sabía con certeza qué era lo que Dios pedía de sus hijos e hijas. De modo que la pregunta de Jesús tiene por un lado la intención de poner en evidencia lo esencial del mensaje de Dios. No es casual que el escriba responda citando dos mandamientos que no van juntos en las Escrituras sino que han sido seleccionados por él de textos muy distintos. Queremos destacar también que no está recitando mecánicamente una oración ya repetida. “Amarás a Dios...” (Deuteronomio 6:5) es parte de ese pasaje central a la fe de Israel que incluye el *Shemá* (“Oye Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es”). Es un texto querido como pocos y recitado regularmente. El otro mandamiento (“Amarás a tu prójimo...”) lo toma de Levítico 19:18 donde es parte de toda una sección dedicada a los deberes hacia el prójimo.

Si la pregunta fue originalmente capciosa, la respuesta del escriba fue seria y meditada. Quizá porque luego de iniciar el diálogo con una intención aviesa se dio cuenta que lo que estaba en juego era algo muy superior a su mezquino interés de probar a Jesús. El vuelco de la acción lo había sacado de la vida eterna como excusa para colocarlo en verdad frente a una pregunta esencial para su vida. En el diálogo con Jesús se había dado cuenta que él ya sabía la respuesta correcta pero que le faltaba obrar en su vida aquello que de palabra conocía tan bien.

¿Quién es mi prójimo?

Puesto en evidencia que conocía la respuesta, quiere justificarse por no vivir en acuerdo a ella preguntando quién es el prójimo. Esto también era tema de debate entre los escribas y sabios de Israel. Largas elucubraciones oscurecían el mandamiento simple y directo posibilitando entonces su violación o al menos su reducción a prácticas mecánicas que pretendían asegurar el cumplimiento sin un compromiso real con la situación.

Jesús recurre a su costumbre de no dar definiciones sino de contar una parábola, en este caso con la intención de clarificar sobre quién es el prójimo. Lo que está detrás de este relato es encontrar el criterio para identificar al prójimo. Notemos que no estaba marcado por una definición neutral del tipo “toda persona es mi prójimo”, pues los samaritanos no eran considerados prójimos merecedores de los derechos dados por las Escrituras a ellos. Tampoco los considerados impuros merecían el trato de prójimos: así ciertas enfermedades o deformaciones congénitas inhabilitaban para recibir el trato de prójimo. Aunque es difícil precisarlo, tampoco eran considerados prójimos las personas que ejercían ciertos oficios devaluados socialmente como sepulturero (por el contacto con los muertos), prostitutas, y probablemente los publicanos quienes eran los recaudadores de impuestos.

De la lectura de la parábola surge que Jesús traslada el criterio del ámbito de quien es la persona (samaritana, sepulturero, etc.) a enfatizar el lado nuestro. Prójimo se define ahora por la actitud de vida del que se acerca al necesitado y no por lo que el necesitado es. El sacerdote y el levita –dos religiosos de primera línea- habrían reconocido a aquel hombre como su prójimo en una discusión teórica pero no se acercaron a él cuando en la realidad estaba necesitando su ayuda. Conocían las Escrituras y sus deberes, pero no sintieron compasión por una persona abandonada y moribunda. El samaritano –que también compartía las mismas Escrituras y costumbres religiosas- pero con cuyo pueblo estaban duramente distanciados (ver 9:52-53) hubiera tenido argumentos para pasar de largo: ellos no se hablaban ni tenían relaciones con los judíos. Además, al hablarle Jesús a un judío está poniendo como ejemplo a un enemigo, a una persona despreciada. Pero este ser despreciado en Israel tuvo misericordia y se detuvo a ayudar al judío caído.

La diferencia no es teórica, es vital. Quien tuvo misericordia es el prójimo del otro. El criterio de Jesús no es quien eres, o quien fuiste, sino qué hay en tu corazón.

¿Qué hacer?

“Ve y haz tú lo mismo” le dice Jesús. Primero le dijo que amar a Dios y al prójimo era lo que Dios exigía. Luego que el prójimo se definía por la actitud de misericordia hacia el otro y no por lo que este pudiera ser. ¿Qué más queda? Queda ponerse a la obra. La vida eterna no se juega en contestar correctamente a algunas preguntas que nos harán en el día final. Tampoco en que podamos dar cuenta de que cumplimos ordenadamente con nuestras obligaciones (el samaritano no estaba obligado a hacer lo que hizo). Es en el presente que el Señor nos confronta con la realidad del hermano o la hermana caída y en ese acto de misericordia o rechazo se pondrá a prueba la integridad de nuestra fe.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 15 – ISEDET

22.07.2001 – 7º domingo después de Pentecostés – Pablo R. Andiñach

Génesis 18:1-10a; Salmo 15; Colosenses 1:15-28; **Lucas 10:38-42**

El encuentro de Jesús con Marta y María es uno de las escenas que suceden de camino a Jerusalén. No nos dice el texto de estas dos mujeres otra cosa que no sea que eran hermanas y que vivían en una aldea. Marta lo recibió en su casa. Y mientras María se sienta a los pies a escuchar las palabras de Jesús, Marta se dedica a los quehaceres de la casa. Esto molesta a Marta y se queja a Jesús de que su hermana la deja sola con el trabajo. Jesús le contesta que María ha elegido correctamente cuando decide oírlo y eso tiene un valor tan alto que no le será quitado.

La una y la otra

El texto pone en estas pocas palabras dos modos de aproximación a Jesús. En realidad ambos son válidos y Jesús no critica a Marta como se ha pretendido en las lecturas tradicionales. Más bien señala que lo que María hace está bien y tiene sentido, mientras que la actividad de Marta la distraen en ese momento de algo más importante que el mantenimiento de la casa.

Como en tantos otros textos el evangelio juega con un alto grado de simbolismo. En este caso vamos a detenernos en cuatro gestos que expresan actitudes de la vida. El *primero* es el de recibir a Jesús (v. 38). Este pasaje viene luego de que Jesús ha sido rechazado en una aldea samaritana (9:51-56) y en ciudades muy cercanas a su propia vida como Corazín (10:13) y Capernaum (10:15). Ahora una mujer desconocida le hace lugar en su casa. No era habitual que una mujer sola recibiera la visita de un varón, de hecho no había mujeres que vivieran desvinculadas de un varón que las protegiera. Pero esta no es la primera vez que el evangelio nos sorprende colocando a Jesús o a sus seguidores en situaciones que desentonan respecto a la práctica socialmente aceptada. Por el contrario, Jesús y sus seguidores aparecen en muchas ocasiones innovando y transgrediendo prácticas sociales habituales. En esta oportunidad es un acto de valentía e independencia el hecho de que Marta lo reciba y le abra su casa. En una predicación sobre este texto es necesario resaltar esa cualidad de esta mujer para contrarrestar la carga negativa que la tradición a colocado en su nombre.

El Jesús rechazado en muchos lados es recibido por una mujer. Esta es otra escena más donde las mujeres pueden vislumbrar el papel importante que ocuparon en el ministerio de Jesús, aunque luego por razones de liderazgo dentro de una sociedad patriarcal buena parte de sus acciones no quedaran registradas. Aun cuando hay escenas centrales donde ellas aparecen, es muy probable que haya habido más mujeres de las que los evangelios narran en torno al ministerio de Jesús o siguiéndolo en su peregrinar.

El *segundo* gesto es el de sentarse para oír su palabra. María se sienta a los pies de Jesús para escuchar su mensaje. La simbología presente en este gesto tiene que ver con el disponer de un tiempo para el Señor, con apartar momentos para oírlo y meditar en lo que nos dice, etc. Es necesario destacar que apartar un tiempo supone dejar otro tiempo para otras tareas. En una

interpretación apresurada de este pasaje se entendió que el apartarse para oír el evangelio era una actividad valorada mientras que el dedicar tiempo a otras cosas era como perder el tiempo. No pocas órdenes religiosas de clausura basan en textos como este la práctica de una vida contemplativa alejada de las cosas cotidianas. Más allá de nuestra valoración de esa práctica, la actitud de María no solo deja espacio para la vida activa sino que la presupone.

Entonces lo que se está diciendo aquí es que María está aprovechando una oportunidad quizá única en su vida y lo hace plenamente. Sentarse a los pies es un gesto de reconocimiento de la autoridad de Jesús, y de que está dispuesta a escuchar su palabra.

El momento preciso

El *tercer* gesto que deseamos comentar es el de Marta atareada por otras cosas. Ya señalamos que no hay aquí una crítica a las tareas manuales en oposición a la contemplación espiritual o intelectual. Marta está haciendo sus deberes, las tareas que le corresponden. Quizá creyó que era bastante con darle un lugar en su casa, con abrirle las puertas a este forastero para que descansa de su viaje. También puede ser que creyera que su hospitalidad estaba cumplida y que no había nada que aprender de este viajero. Y por último no podemos descartar que la llegada de visitas a su casa habría generado un cúmulo de tareas no previstas, como nos pasa a nosotros cuando caen en nuestra casa sin avisarnos. Marta entonces estaría preocupada por atender bien a su huésped.

De cualquier modo lo que Marta no ve es que *en ese momento preciso* lo importante es escuchar al Señor. En ningún lugar se dice que sus quehaceres no fueran valiosos. La oportunidad de ellos es la que está siendo cuestionada. “Que me ayude...” reclama Marta a Jesús, tan solo para que este le responda que está ocupada de muchas cosas y está perdiendo el momento justo para oír lo que le tiene que decir.

El *cuarto* gesto es la frase “no le será quitada”. Es una expresión que aparece en varias ocasiones en la Biblia y tiene que ver con aquellas cosas que da Dios y que no pueden perderse a menos que el mismo Dios así lo decida. En este pasaje parece referirse a la decisión de María de oír a Jesús dejando para luego otras tareas, y que siendo esto lo mejor ella es confirmada en esa actitud. Es así, pero no debemos perder la intención de toda la escena que es mostrar que las enseñanzas de Jesús son prioritarias sobre toda otra cosa. En ese sentido este pasaje está emparentado con “los que querían seguir a Jesús” (9:57-62) pero anteponían otras tareas al ministerio, aunque aquí el papel de María compensa la carencia de Marta y sirve de ejemplo.

Sugerimos que la predicación se centre en la exigencia de total entrega a oír y vivir la palabra de Dios.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 15 – ISEDET

29.07.2001 – 8º domingo después de Pentecostés – Pablo R. Andiñach

Génesis 18:20-32; Salmo 138; Colosenses 2:6-15 [16-19]; **Lucas 11:1-13**

Este hermoso texto tiene su paralelo en Mateo 6:9-15 para el Padrenuestro y en 7:7-11 para las enseñanzas sobre la oración. La versión de Mateo es la que normalmente seguimos en la iglesia. Como es obvio no es este el lugar para hacer un análisis del Padrenuestro, ni lo aconsejamos como tema para una sola predicación. No parece más útil dedicarnos a meditar sobre lo que Jesús no dice sobre la oración y su papel en la vida de la iglesia.

Un modelo

“Señor, enséñanos a orar...” le pide uno de sus discípulos al ver que había finalizado su oración. La respuesta de Jesús consiste no en darle una oración para repetir sino un modelo para que se guiaran en sus propias oraciones. No siempre hemos entendido esto y en muchos casos tomamos el Padrenuestro como una oración acabada y no como un modelo que nos debe orientar en la construcción de nuestra propia oración. Por cierto que no tiene nada de malo el repetirlo, especialmente como un gesto de unidad con hermanos y hermanas que están lejos, o de comunión con aquellos con quienes compartimos una comunidad de fe. Pero no debemos perder la perspectiva de la provisionalidad de estas palabras de Jesús. El hecho de que la versión en Mateo no sea igual a la de Lucas revela que en un primer momento no fue considerada una oración cerrada que debía repetirse siempre igual. Sirvió –como lo quiso el Señor- para provocar y guiar las oraciones personales y comunitarias de la iglesia naciente.

En esto Jesús no innova respecto a la práctica de su tiempo. En el templo y en la vida privada se hacía oraciones espontáneas tanto como se recitaban oraciones ya establecidas por tradición. Lo que introduce es la concentración en pocas palabras. Es inimaginable para nosotros que vivimos en un mundo de velocidad y cosas rápidas, lo breve que debe haber sonado esta oración. Cualquier oración que se precie debía durar varios minutos o ser recitada muchas veces para que tuviera un clima de seriedad y respeto. Jesús parece decir con este modelo que prefiere oraciones cortas y profundas a largos discursos.

Los vs. 5-8 son de compleja aplicación. No se entiende por qué utiliza para Dios la imagen de un vecino que atiende un pedido no por amistad sino para que dejen de molestarlo. Quizá los discípulos pudieran en ese momento sentir que Dios no estaba de su lado y por lo tanto lo que se les dice es que el Señor oír sus oraciones igual. Sea cual fuere la intención del texto, no debemos dejar pasar la oportunidad para señalar que no es necesario sentirse amigo de Dios para que este nos escuche. En el imaginario popular se suele pensar que Dios escucha más a quienes lo frecuentan, a las personas piadosas o a quienes parecen estar más cerca de la santidad que de la vida cotidiana. En otras palabras, la frase “Dios no me va a escuchar a mí...” o “Ore usted porque a usted Dios lo escucha...” Aquí Jesús está diciendo que Dios va a escuchar a todos aun aquellos

que sienten que él no está de su lado, que no es su amigo. Y en nuestro tiempo son millones los que tienen ese sentimiento.

El Dios que escucha

“Pedid y se os dará” es una frase muy fuerte, así como las que la continúan. Establece un compromiso de parte de Dios que solo Jesús podía afirmar y comprometer. Se está diciendo que ante le pedido a Dios no hemos de quedar con las manos vacías. No por conocido debemos dejar de recordar aquellas palabras que inspiradas en este pasaje dicen que Dios siempre responde a las oraciones: a veces responde sí, a veces no, y en otras ocasiones responde más adelante. Nunca hay que dejar de recordar esa verdad.

La práctica de la oración en el judaísmo estaba en consonancia con esto que enseña Jesús. El judío creyente debía orar con la confianza de que Dios estaba atento a sus palabras. Lo que introduce Jesús en este caso es lo familiar del trato entre el creyente y Dios. En general el judío piadoso tenía un respeto por lo divino que en ocasiones lo llevaba a sentirse alejado de Dios y a perder de vista una relación cercana. No era extraño que por momentos no se atreviera a pedirle a Dios cosas que pensaba podían molestarlo, o que no tenían entidad suficiente para ser oídas por el Creador. Aquí Jesús abre la puerta a una relación familiar y cercana. Dice que a Dios no le molestan las oraciones de sus hijos e hijas.

Esto es reforzado por al imagen del padre al que un hijo le pide pan. ¿Le dará a cambio el padre una piedra? dice Jesús. Seguramente no y así se aplica también la imagen a nuestras oraciones y Dios. No nos responderá irresponsablemente sino atendiendo a nuestras necesidades. Si nosotros con todas nuestras limitaciones somos capaces de atender bien a nuestros hijos cuanto más hará Dios por aquellos a quienes ama. Es de notar que en todo esto Jesús no contradice la práctica judía de su tiempo. Dios era padre y como tal interesado en el bienestar y la vida de sus hijos e hijas. Pero esa distancia que ya comentamos lo colocaba como un ser a veces inalcanzable, no como un padre al que podemos hablarle en la confianza de que nos entenderá.

La oración del creyente

Jesús les enseña a orar no solo dándoles un modelo de oración sino introduciéndolos en la confianza con que deben dirigirse al Padre. El problema no era que no sabían orar sino que tenían temor de hacerlo. Tampoco era el problema que no reconocieran a Dios como padre sino que no se atrevían a tratarlo como tal.

Jesús nos invita a orar con pocas pero sentidas palabras, en la confianza de que Dios nos escucha y que contestará con panes y no con piedras.